

Ha encendido la estufa presurosa,
tiembla de frío, mas, por ver si pasa,
escancia otro vasito... y a otra cosa.

¡No entra en calor, se siente acobardada!
Un rayito del sol de Primavera
a través del cristal, sentir quisiera,
hoy empañado por la triste helada.

Se abre la puerta e irrumpen en bandada
todos los hijos que el Señor la diera;
alegre turbamulta vocinglera
por la que presto se encontró sitiada.

Y... ¡oh prodigio feliz! ¡quién lo dijera!
al calor de los besos de sus hijos,
¡mamá creyó que estaba en Primavera!

Eladia MONTESINO



Crítica en cuatro tiempos de un libro extremeño

Por JUAN-PEDRO VERA CAMACHO

ACABO de leer la biografía de Antonio Covarsi, el «Montero Genial», que ha escrito Enrique Segura. Hoy está de moda la biografía; pero la biografía con proyección a tres generaciones no la ha escrito hasta ahora, nadie más que Enrique Segura. Y ese es, a mi juicio, el valor supremo de este libro, que está, además, escrito con gran soltura literaria.

Biografiar es contar la vida de una persona cuya trayectoria humana puede interesar al lector. Suelen empezar estos libros con el nacimiento del biografiado y terminar con su muerte. Algo así como un libro delimitado por dos puntos, como la línea recta, y, por lo tanto, «corto» en sustancia literaria. Este libro de Enrique Segura, por el contrario, al igual que la danza clásica, tiene varios tiempos. Para concretar, cuatro.

TIEMPO PRIMERO: El abuelo. Enrique Segura toma el agua muy atrás para localizar armónicamente la vida de su biografiado. Y a través de las páginas del libro nos cuenta detalladamente la vida azarosa, recia, patriótica, de don Cosme, el abuelo de Antonio Covarsi. Decimos que toma el agua muy arriba en lo genealógico, a la vez que proyecta la humanidad de la familia Covarsi a través de una geografía muy amplia, que cruza el Maestrazgo, Castilla, Levante y la frontera francesa. Don Cosme tuvo el honor de ascender a cabo al que luego fue jefe de los ejércitos carlistas, Cabrera. Fue luchador, amante empedernido de la belleza y muchas cosas más, dignas de saberse. Y fue, también, padre del protagonista de nuestro

SEGUNDO TIEMPO: El padre. Hijo de don Cosme fue don Fernando Covarsi; como él, luchador carlista mientras pudo; prisionero y amnistiado, en contra de su opinión. Funcionario más tarde en Badajoz; admirador de las mujeres y aficionado a la caza. He aquí cómo de don Cosme, heredó la valentía y el patriotismo, y cómo él mismo creó otra circunstancia, la cinegética, que luego sería premisa esencial y casi única en la vida de su hijo, Antonio Covarsi. A través del libro vamos penetrando en esa poderosa influencia familiar que los padres transmiten a los hijos y en la que hay que profundizar para que una biografía no sea un esqueleto de hechos desunidos, sin trama racial, pasional o humana. Con el andamiaje de estos antecedentes, Enrique Segura nos presenta el

TIEMPO TERCERO: El biografiado. Aquí tenemos al heredero genuino de su abuelo y de su padre. Pero tenemos también a un hombre de facetas nuevas, trasplantado de las más diversas tierras a esta extremeña, en la que se afina, procrea y muere. Un hombre que, siendo

gran amante de la belleza plástica —Felipe Checa sabe mucho de los encargos pictóricos del Montero Genial—, enfiló su vida toda hacia la pasión cinegética. Varios libros y miles de horas al acecho de la alimania, dan fe de esta dedicación a la caza mayor; y miles de kilómetros recorridos a pié o a caballo para satisfacer este arte bravío que ensalzó Alfonso X, el Sabio. Su casa es museo con dualidad representativa: por un lado, cuadros; por otro, trofeos de caza. Aún cuando no cazaba tenía que vivir al lado de las armas —antecedentes guerreros de su padre y de su abuelo— y para ello, puso una armería en Badajoz. Antonio Covarsi tuvo hijos. Y por lo mismo, no termina con su vida la biografía que Enrique Segura (su hijo político) escribió. Si en la biografía es conveniente reseñar los lejanos antecedentes familiares del biografiado para ver de dónde viene el valor que se quiere ofrecer al lector, es conveniente asimismo ir más allá de la muerte del protagonista, porque la vida lo mismo se adquiere de atrás como se proyecta hacia adelante. La proyección del padre es el hijo que en este caso encaja en el

CUARTO TIEMPO: El hijo. Adelardo Covarsi. En alternancia de aficiones es poco cinegético, pero muy artista. Heredó ambas cosas de su padre: de su madre, la sensibilidad. Caminó despacio artísticamente, sin esos resplandores de las materias combustibles que todo lo inundan de luz y se apagan luego, con rapidez. Paso lento, pero seguro. Asimilando, oteando, como su padre: precavido, como su abuelo; señor, como su bisabuelo. Llegó donde quiso y vendió cuanto produjo.

Si estas cuatro vidas están encadenadas en el libro para contar la del «Montero Genial», por necesidades de ver el entroncamiento hereditario, cosa que no debía faltar en ninguna biografía, aún posee otra cualidad la obra de Enrique Segura, que a otras les falta: haber sido escrita por el yerno de uno y el cuñado de otro de los cuatro personajes que en ella campean. Trasciende, por ello, del libro, un conocimiento pleno y directo sin divagaciones, corrientes en la documental apreciación que va de mano en mano o de boca en boca. Enrique Segura convivió con el Montero Genial y con el genial pintor hijo de aquél. Por eso sabe de ellas más que nadie. De ahí el verismo de esta obra que se agotó rápidamente en su primera y segunda edición, uno de cuyos últimos ejemplares acaba de caer en mis manos, originando esta crítica.

Aconsejamos —y no por lo comercial, pues este libro que agota dos ediciones en poco tiempo siempre es vendible—, sino por lo que dentro de sí lleva de extremeñismo, su lectura. El que lo haga no ha de quedar defraudado. Porque ya es un mérito presentar cuatro biografías en una sola —o una en cuatro, que tanto monta—, cosa que a nadie se le había ocurrido, con tantos biógrafos como en el mundo han sido. Y si las vidas reseñadas son espontáneas, reales y humanas, miel sobre hojuelas. Porque hay tanta ficción en este siglo, que nos parece increíble leer que hubiera hombres, hace pocos años, con la impronta de reciedumbre que Antonio Covarsi tiene en este libro. Algo así como un Quijote fiero y sentimental; como un Alejandro tierno y guerrero; como un nuevo Marqués de Bradomin, en frase certera del profesor Entrambasaguas.

EL SOTANO

*Era mi lugar predilecto,
lejos del mundo,
de los rostros hipócritas
y de las palabras adulatoras
—caretas de sentimientos verdaderos—
y de las burlonas sonrisas
y los deseos lascivos
como lepra sangrante del cuerpo
o fauce de sed no saciada...
Sumido
en la sombría tristeza de tanto trasto inservible:
el sofá destripado y polvoriento,
de rota gutapercha;
la enrollada persiana, verde como los ojos de Circe;
el cubo
agujereado y vestido de óxido;
la vieja alfombra de homéricas imágenes
y el armario en cuya madera la carcoma cantaba incansable un himno
[a la vida...*

*Todo aquello
era como el regusto de un mundo trasolvidado,
como la hipotenusa ideal o el megatón insobornable
y mi sensibilidad
—miel hyblea—
se derramaba en torno.
Las telarañas
teñían a mi inmóvil presencia
y con patético ardor
su red sutilísima
como el suspiro y el cierzo.
Llegaba hasta mí,
en un susurro casi inaudible*